







JOURNAL AUTORISE PAR L'ARRETE MINISTERIEL DU 8 MARS 1948

TELEFONOS: Redacción: BOT. 22-02 Talleres: PRO. 78-16

SUSCRIPCION INDIVIDUAL al trimestre: 260 francos al semestre: 520 francos al año: 1.040 francos



España y Marruecos

TEMA candente. No como las arenas del desierto, sino como un guisado recalentado. España oficial se cree heredera de la llamada Isabel la Católica...

Siempre creyeron los españoles de receta que tenían derecho de conquista sobre Marruecos. Se fundaban realmente en que aquel país no tenía defensas. No era difícil, por consiguiente, entrar a saco en poblados grandes y chicos para incendiar, robar, violar y matar.

No hay necesidad de insistir excesivamente sobre el pasado de Marruecos, país sacudido por una miseria secular. Si hoy atrae tantas miradas y tanta codicia, se debe a que sus tierras llevan un cuarto de siglo afectas a rendimientos crecientes, selectos y progresivos...

Es que aquel moro solitario transitará tan descuidadamente en son de guerra contra un campamento de dos o tres mil hombres con armas individuales, artillería, dinamita, etc. Todo menos Intendencia y Sanidad, servicios que en todas las guerras, sin excepción la del 36, brillaron por su ausencia en el ejército del Estado español.

Tiene todo lo de Marruecos particular importancia. Allí se trabó el golpe de julio del 36. Allí ascendió Franco al temprano generalato, como Millán Astray y otros legionarios. No tenían vergüenza de ganar momentáneamente a unas gentes desorganizadas.

En la guerra de 1859-60 hay un episodio muy expresivo que narra Pedro Antonio de Alarcón, en su obra 'Diario de un testigo de África'. No es sospechoso para adular y hacer coquillas patrióticas a los generales; más parcos que éstos van a caballo de los cronistas tipo Alarcón que a caballo de los cronistas hallándose acampadas las tropas de Isabel II en suelo africano...

Ahora resulta que hay un acuerdo secreto franco-español de 1º de diciembre de 1905 que detalla el cumplimiento de la convención de 1904 (3 de octubre), la primera en orden cronológico. Por el artículo 4 se establece el apoyo mutuo en lo que se refiere a Marruecos, apoyo exteriorizado en la guerra común de Francia y España contra Abd-el-Krim, pero en las incidencias de la segunda contienda planetaria...

Ahora resulta que hay un acuerdo secreto franco-español de 1º de diciembre de 1905 que detalla el cumplimiento de la convención de 1904 (3 de octubre), la primera en orden cronológico. Por el artículo 4 se establece el apoyo mutuo en lo que se refiere a Marruecos, apoyo exteriorizado en la guerra común de Francia y España contra Abd-el-Krim...

UE será que, donde hay viejos y echamos a discurrir sobre sucesos antañones, casi siempre sobresalga yo por más antiguo? ¿No es esto una vergüenza? Incluso Rosario, que, invitada en casa del compañero Oliviero, ha presidido la mesa, vino dos o tres años después que yo al mundo.

Solano. — Dice Galeno que la vejez, ni es enfermedad acabadada ni salud perfecta. Ramírez. — También dice el mismo que los hombres tienen seis edades, que son: puericia, hasta los siete años; infancia, que dura hasta los diez y siete; juventud, hasta los treinta; viril edad, hasta los cincuenta y cinco; senectud, hasta los setenta y ocho, y decrepita edad, hasta la muerte...

Ayer unía yo con los jóvenes mejor que con los viejos, y aun tengo por ellos, en particular por los nuestros, grandes simpatías. Ya no les acompaño, sino con los buenos deseos, porque el contraste resalta fuertemente y me lastima. Pero... no tanto como la esquizofrenia del niño que por repugnancia — repugnancia instintiva, exactamente — no se deja acariciar de mí y, separándose, me deja jolito. (Mi pequeño amigo Germinal Vallejo prefiere darme la mano a besarme). Este dolor lo ha plasmado Baudelaire en un ligero croquis titulado « El desespero de la vieja ».

La carga natural de los años se ha de llevar sin amargura ni despecho, haciendo gimnasia de consolación constantemente, refrescando la memoria extrayendo un placer de cada recuerdo. A noche oí tocar al piano « Moraima » y me detuve, y si me hubiera valido introducirme en la casa lo hubiera hecho de buena gana en acción de gracias.

Que a qué hemos venido al mundo los que al morir nada dejamos, salvo nuestras desgracias? A cumplir con la obligación de no dejar nada, que es suficiente.

El ayuno de los cuervos

GIJÓN caía. Las tropas invasoras se situaban cada vez más cerca de la ciudad, dejando a sus espaldas numerosas caravanas de ambulancias repletas de heridos; hoyos inmensos mal rellenos de arena, conchas de casaca, restos de los sueños imperiales musulmanes. Todas las playas cercanas, eran agitadas en un movimiento febril y en lo querido de huida. Por el puerto, era imposible la salida. A pocas millas, vigilantes y amenazadores, se paseaban dos enormes monstruos de acero, enfilando sus cañones hacia el indefenso lugar, en espera del momento oportuno de entrar en acción.

de mala muerte, que haría agua por carga una y otra vez hasta dignificar el terreno, destruyendo la posición defendida; y una y otra vez hasta no dejar huella visible de vitalidad; una y otra vez descargando sesenta, setenta... ¿quién sabe cuántas veces? Y esto se repetía cada veinte minutos. Y cuando la infantería enemiga avanzaba, creyendo encontrar el vacío y la muerte, cuando pensaba en unos metros más de terreno conquistado, entonces, de entre los montones de tierra, de los barrancos, de detrás de cada montículo, salían los « rojos » y con fusil, con cuchillos, con los mismos trozos de metralla lanzada por la aviación, hacían frente a los mercenarios y el avance se contenía hasta degenerar en un retroceso de la farsa. Y otra vez a empezar de nuevo, a los infelices muchachos. Con la precipitación, habían cargado en la barca una serie de cosas absurdas e innecesarias y ahora, envueltos en la tormenta que se iniciaba, sin viveres, empapados y aterridos, sin brújula con que orientarse, trataban de sondear en las tinieblas, buscándose las miradas en un ansia anhelante de consuelo.

Lo que no hay madre que se consuele abrazando un leño en lugar del hijo, ni esposa que se sienta colmada en corazón y carne al lado de un cristo de yeso; ni huérfano que se estime paternalmente protegido bajo las barbas de mármol de un santo catalán. Claro que hoy no es ayer y las madres han muerto o arrugándose, las esposas recomodado su vida y los hijos transformándose en personas mayores. El tiempo es el mejor lenitivo y el dolor se transforma en recuerdo. Lo que no se va, y siempre viene, es la población imaginera, que, merced a la procreación espiritual de los padres de la Iglesia, aumenta a un ritmo exponencial. Como se ganó la guerra merced al diablo fascista, los curas están en derecho de colocar hornacinas santuarinas en todas las esquinas, cruces en fila en todos los términos, corazones marianos y jesuitas en todas las plazas, y santos cristobales en todas las calles y carreteras entregadas al furor motorista.

Y así sucesivamente. En un pueblo de diez mil habitantes no hay semana que no sean levantados tres monumentos religiosos, al extremo de que esa carrera imaginera — en ningún caso imaginaria — se ha convertido en una dificultad para el tránsito. Antes, los aspirantes a diputado prometían levantar puentes incluso en las plazas públicas; pero los curas de ahora, en lugar de promover consuman la instalación intensiva de estatuas religiosas en to...

ESTE delicado sentimiento que ahora vamos a considerar es principalmente de dos clases: el sentimiento de lo sublime y el de lo bello. La emoción es en ambos agradable, pero de muy diferente modo. La vista de una montaña cuyas nevadas cimas se alzan sobre las nubes, la descripción de una tempestad furiosa o la pintura del infierno por Milton, producen agrado, pero unido a terror; en cambio, la contemplación de campiñas floridas, valles con arroyos serpenteantes, cubiertos de rebanos pastando; la descripción del Eliseo o la pintura del cinturón de Venus en Homero, proporcionan también una sensación agradable, pero alegre y sonriente. Para que aquella primera impresión ocurra en nosotros con fuerza apropiada, debemos tener un sentimiento de lo sublime; para disfrutar bien la segunda es preciso el sentimiento de lo bello. Altas encinas y sombrías soledades en el bosque sagrado son sublimes; plantadas de flores, setos bajos y árboles recortados en figuras son bellos.

La noche es sublime, el día es bello. En la calma de la noche estival, cuando la luz temblorosa de las estrellas atraviesa las sombras pardas y la Luna solitaria se halla en el horizonte, las naturalezas que posean un sentimiento de lo sublime serán poco a poco arrastradas a sensaciones de amistad, de desprecio del mundo y de eternidad. El brillante día infunde una activa diligencia y un sentimiento de alegría. Lo sublime conmueve, lo bello encanta. La expresión del hombre dominado por el sentimiento de lo sublime es seria; a veces, fija y asombrada. Lo sublime presenta, a su vez, diferentes caracteres. A veces le acompaña cierto terror, o también melancolía; en algunos casos, meramente un asombro tranquilo, y en otros, un sentimiento de belleza extendido sobre una disposición general sublime. A lo primero denomino lo sublime terrorífico; a lo segundo, lo noble, y a lo último lo magnífico. Una soledad profunda es sublime, pero de naturaleza terrorífica. De ahí que los grandes, vastos desiertos, como el inmenso Chamo, en la Tartaria, hayan sido siempre el escenario en que la imaginación ha visto terribles sombras, duendes y fantasmas.

Lo sublime ha de ser siempre grande; lo bello puede ser también pequeño. Lo sublime ha de ser sencillo; lo bello puede estar engalanado. Una gran altura es tan sublime como una profundidad; pero a ésta acompaña una sensación de estrechamiento, y a aquella, una de asombro; la primera sensación es sublime, terrorífica, y la segunda, noble. La vista de las pirámides egipcias impresiona, según Hamquist refiere, mucho más de lo que por cualquier descripción podemos representarnos; pero su arquitectura es sencilla y noble. La iglesia de San Pedro, en Roma, es magnífica. En su traza, grande y sencilla, ocupa tanto espacio la belleza — oro, mosaico — que, a través de ella, se recibe la impresión de lo sublime, y el conjunto resulta magnífico. Un arsenal debe ser sencillo; una residencia regia, magnífica, y un palacio de recreo, bello.

Un largo espacio de tiempo es sublime. Si corresponde al pasado, resulta noble; si se le considera en un porvenir incalculable, contiene algo de terrorífico. Un edificio de la más remota antigüedad es venerable. La descripción hecha por Halles de la eternidad futura infunde un suave terror; la de la eternidad pasada, un asombro inmóvil.



SIEMPRE hemos dicho que en los tiempos modernos la seguridad se sacrifica al rayo de la velocidad. Los alcaudones occidentales de la circulación se multiplican cada día porque tenemos excesivas, desmedidas ganas de llegar y vencer. Pero la muerte se halla agazapada en el misterio de cada esquina y en las encrucijadas de nuestros caminos y es deber de todos ser prudentes por propio egoísmo y por la seguridad de los demás.

En el espacio de pocos meses y en las proximidades de nuestro refugio la imprudencia sin camisa de fuerza en forma de vehículos motorizados se ha llevado por delante dos vidas preciosas: un niño de 12 años y otro de 6 y la sangre inocente de las víctimas nos ha conmovido. Las dos criaturas se encontraban en sus puestos de « lucha », es decir, el primero jugando con otros muchachos de su edad en una plaza pública donde raramente circulan los vehículos a motor y si lo hacen siempre a marcha lenta, porque los árboles que llenan el espacio impiden su velocidad y obligan a la prudencia...

El conductor no tuvo en cuenta los indicadores que con caracteres de gran tamaño señalan la velocidad máxima a la entrada de la población, ni tuvo en cuenta nada de lo que se le relaciona con el sentido común y la prudencia y como él son muchos motoristas y conductores de vehículos automóviles, que les importa poco la vida de los peatones y de los que prudentemente circulan en todos sentidos dentro de la vida moderna por carreteras y cascos urbanos.

Y cuando dos muchachos más — dos hombrerones — saltaron el abismo para librarse en la muerte de vivir muriendo, nadie alzó la cabeza, presintiendo un anticipo del final. Uno gritó — a dos pasos no se le oía — con voz que quiso ser fuerte: — ¡ Me cisco en la madre que parió a todos los fachas ! Pero la frase se trunco al caer desvanecida por el esfuerzo. Unos pájaros sospechosos — ¿ cuervos ? — revoloteaban a flor de agua. — ¡ Cobardes, todos cobardes ! Allí tuvimos que quedarnos en medio del grupo agonizante. Una serie de explosiones, abortó removiendo bruscamente las tranquilas aguas y los escualos, emardecidos por el momento ansiado, se hundieron en busca del codiciado festín. — ¡ Pájaros, pájaros, ¿ qué os pasa ? — se nosaron sobre unos maderos que flotaban, en vana esperanza de comer, pero acabaron por alejarse en un vuelo raudó y desilusionado.